

NO QUERIA PARTIR

Siempre disfrutaba ver nuestras travesuras infantiles. En los veranos se daba el tiempo para acompañarnos a la plaza, empujando los desvencijados columpios, alzando nuestros pies para intentar tocar el cielo y en más de una ocasión, cayendo forzosamente “sus chiquillos” en medio de finas piedrecitas que rasgaban los pantalones y hasta herir las nalgas.

Ella nunca se fatigaba. Muy paciente y positiva. Tierna y severa.

Después de ver esta imagen del pasado en mi memoria, vuelvo a la realidad presente y soy testigo de su sueño profundo e irreversible. Nuestra abuela continua en este lugar, impregnado de asepsia. Sometida a un destino incierto. Acostada como una princesa salida de un cuento de hadas. Cubierta por una suave tela de descanso. Sumado a un silencio que crispaba las paredes de toda la clínica. Es una escena asociada al relato mágico de “La Amortajada”, escrita por María Luisa Bombal. Semejante a la difunta que dialoga a través del alma, mirando desde su ataúd un desfile de personajes que la hicieron sufrir, reír o llorar. Por momentos, no éramos capaces de entender lo sucedido. Más de tres meses y ella permanecía aún en estado de coma inducido. Juan Gabriel reclama:

--- ¡Es mucho tiempo que lleva inconsciente! ¿Qué más se puede hacer?

--- ¿Díganme? ¡Hasta cuándo esperaremos que se recupere la abuelita!

Juan Gabriel era uno de los nietos más queridos de doña Zulema. Todos sabían que la amada señora expresaba por él una especial predilección. Y el resto de los nietos se daban cuenta porque él era muy cercano a ella. Pero, no le daban importancia.

Seudónimo: IMAGINARIO

La rutina consistía en visitar regularmente a la postrada. ¿Quiénes? Principalmente mis padres y tío Ambrosio. Sabíamos que su ritual era reiterado: un hermoso ramo de flores, una estampita del santo Alberto Hurtado, del Padre Pío o de alguno otro venerado por la santa Iglesia que ni sequieran conocimos como creyentes. Sin embargo, la excepción es Juan Gabriel quien permanece junto a su abuela más tiempo que el horario del centro de salud lo permite. En tanto, Alberto su hermano mayor, en más de una ocasión debe ir a buscar al menor de los nietos a la pieza donde su abuela duerme plácida sin horario.

--- ¡Vamos, Juan Gabriel! ¿Qué esperas? ¡Nos están esperando a la salida!

Forcejean ambos. Lo toma de una mano y cierra la puerta.

El muchacho se niega abandonar sin escándalo el recinto asistencial. Lo conmina a que camine rápido, sin titubeos ni más protestas. Mira con desazón el adusto ceño de Alberto. Y justifica su negativa conducta diciéndole a su hermano mayor en voz alta:

--- ¡Suéltame! ¿Acaso me puedes entender? ¡No pierdo la esperanza que ella despierte de súbito!

--- ¡Por favor! ¿Cómo quieres que te lo explique? ¿Acaso no lo sabes?

--- ¡Mi abuela se comunica conmigo por telepatía!

Alberto al escucharlo sólo sonríe y no es capaz de enojarse nuevamente con él.

--- ¡Está bien! ¡Acepto! Te busco en cinco minutos más... mientras tanto, te esperaré en el pasillo... ¿Te parece?

Lo que ignora Alberto es que Juan Gabriel tiene otras intenciones ocultas que solo él está urdiendo en su cabeza.

Dos semanas atrás la familia en pleno se reunió. Deciden que Juan Gabriel no vaya más a visitarla. Todos alegan que es un niño muy problemático. Van dos ocasiones que escapa de casa. Sólo aceptaron que acudiera a visitar a su abuela por última vez en la próxima visita. Él promete que se comportara como “caballerito” y orara por ella. Sin embargo, desconocen todos ellos las verdaderas intenciones que motivan al niño a insistir en quedarse más tiempo del habitual.

Volvamos con el pequeño protagonista. Una inédita decisión inesperada acontecerá en la pieza de la clínica.

Juan Gabriel comprobó que la puerta estuviera cerrada. Se acerca sigiloso a la cama y le susurra al oído comentarios y hechos lamentables que ocurren alrededor de su experiencia en la escuela.

Hay personas que en estas últimas semanas han sufrido accidentes inauditos y muertes tempranas y tú sigues vivita y coleando... De verdad que no lo puedo entender. Personas jóvenes, llenas de vida, han partido de este mundo antes que tú... Recuerdo palabras que mi madre hace unos días atrás dijo: *“si la abuela Zulema continúa entre nosotros, es que debe existir un propósito de Dios. Por alguna razón está conectada gracias a la tecnología médica avanzada y por ética cristiana, no aceptamos la eutanasia”*

Mientras en su alma, resonaban estas reflexiones, Juan Gabriel en esos escasos minutos le contaba a la moribunda sólo fatalidad...

“Abuela, hace tres días, que está en la posta un compañero de curso. Sufrió un accidente de tránsito. Quedó con su bicicleta bajo las ruedas de un bus. Dicen sus familiares que se salvará, pero quedará parálítico... Y en una ciudad del litoral de Chile, mientras concluía la clase de educación física, un estudiante de quince años sufre un ataque cardíaco delante de su profesor y compañeros... pasaron dos minutos... no pudieron salvarlo...”

--- ¡Oye abuela no tengo nada contra ti, pero sigues viva! Estás cercana a cumplir ochenta y cinco años y aún respiras...

--- ¡No puedo entender que sigas tan tranquila, durmiendo con aire ajeno!

--- No me parece justo... ¿Cuándo vas a partir? Pareces eterna...

Este era el tenor de las conversaciones de Juan Gabriel con la dama postrada.

Al parecer Juan Gabriel había planeado un acto incomprensible para esta edad.

De su mochila extrae una almohada. La tensión nerviosa hace que transpire todo su cuerpo. Extiende el gran algodón hacia el rostro de doña Zulema. Contempla con dulzura su frágil cuerpo. Siente una mezcla emocional de vergüenza al ejecutar este acto indebido. Sabe en su interior que va a cometer un delito difícil de dimensionar.

Le dice con calma fría y de aparente inocencia:

--- No vas a sentir nada... ni dolor... ni molestia alguna... créeme querida abuela

... confía en mi...

Mira el rostro en paz de la persona mayor a punto de ser sentenciada. Y poco a poco se acerca a ella. Presiona la almohada lentamente en sus mejillas arrugadas.

No puede impedir que unas lágrimas brotan de esos ojos culpables. Y el novel verdugo, cubre silencioso ese blando instrumento de muerte en boca y narices de la muerta en vida.

La luz de la habitación se debilita. Parpadea como solicitando auxilio. De pronto y sin aviso previo, empiezan a sonar las alarmas de los monitores que detectan los signos vitales. Juan Gabriel se paraliza de inmediato. La adrenalina detiene sus manos y piernas. El intenso sonido hace trastabillar al niño. Cae al piso en cámara lenta. Alcanza a ver el cielo raso immaculado del techo de la habitación. Casi inconsciente, toca la almohada que parece saludarlo a su lado.

Al minuto que Juan Gabriel está extendido en el piso, acude el personal médico como una tromba al rescate de la paciente... Uno de los monitores no deja de sonar. Es estridente. El doctor de turno le toma el pulso a dona Zulema. Las enfermeras lo observan con actitud de alerta. Dos minutos pasaron... Y para sorpresa de todos los que la auxiliaron en esta emergencia se dan cuenta que abre lentamente sus coquetas pestañas; luego mueve una mano y sonrío; gira su cabeza hacia el lugar donde está el muchacho y en palabras entrecortadas le dice:

--- ¡Gracias a ti, estoy respirando! ¡Cuánto te quiero!

De inmediato, una enfermera abre la puerta de la pieza de la interna y entra de prisa Alberto... y para sorpresa de él, asoman al instante sus padres y su tío.

Se acercan con parsimonia donde yace su octogenaria madre. La saludan con ternura. Le hablan al oído breves palabras de aliento y unas cuantas caricias sobre su cabeza y hombros. Estaban en este ritual de afectos, y aún no se habían

percatado de que Juan Gabriel permanece de pie como estatua de sal. Mudo y con el rostro desenchajado, más bien atónito al observar esta escena...

Sus parientes, rápidamente lo abrazan con efusiva alegría.

--- ¡Eres mi pequeño héroe! ¡Discúlpalos por desconfiar de ti! ¡Estamos tan agradecidos de salvarla con tu fe!

Juan Gabriel, aún desconcertado, sin entender lo qué sucedió, se atreve a decirles:

--- ¡En verdad no hice nada...! ¡El único milagro mío fue orar... y orar...y nada más...

Besos en su frente y mejillas lo hicieron ruborizar, provocándole con estos gestos de afecto, un inevitable llanto desgarrador. Una emoción contenida de tristeza que todos los que lo rodeaban no pueden entender.

Ninguno de los presentes percibía que el corazón del frustrado joven parricida empezó a latir aceleradamente. De hecho, el miedo sometía todo su ser interior al mirar de reojo a doña Zulema, mientras abandonaban la habitación.

Antes de cerrar la puerta, ella movió su cabeza y notaron que la abuela les comunicó una sonrisa pícara. Mágicamente desaparecían sus labios amoratados y de su cuerpo en reposo, se elevó el suspiro inédito de una repentina resurrección.